

UNA LECCION DE TEOLOGIA DE LA ESPAÑA CATOLICA DEL SIGLO VI DE LA ERA CRISTIANA

POR

ENRIQUE T. BLANCO LÁZARO

Hoy, que parece florecer la enseñanza de la teología en colegios y universidades, enseñanza que no en todos ellos reviste el verdadero sentido, contenido, calidad y condición que tiene el valor esencial de la teología, olvidada por el prejuicio laicista y laicizante, tergiversada, mixtificada y adulterada, ¡tantas veces!, con nombres y etiquetas que la desvirtúan, no está de más refrescar el contenido de esta lección magistral que un obispo cartagenero del siglo VI d. C., nos vino a enseñar para eterna memoria y sabio conocimiento.

Liciniano, *Carthaginis Spartarie Episcopus*, como expresamente dice San Isidoro, único escritor antiguo que habla de él —esto es, obispo de «Carthago Spartaria», la actual Cartagena del antiguo reino de Murcia, y no la Cartago de Africa como han supuesto otros—, desterrado por el Leovigildo de arrianas creencias, rey de visigodos en Constantinopla, escribió una epístola *in qua ostenditur Angelos et animas rationales esse spiritus sive totius corporis expertes*. La dirigió al diácono Epifanio en España, y fue suscrita por el mismo Liciniano y Severo, obispo de Málaga, también desterrado en Oriente por profesar su fe católica contra toda herejía arriana. Eran tiempos arduos, difíciles, conflictivos, comprometidos, como los que ahora vivimos en medio de tanta confusión, apostasías, herejías, cismas y criterios tergiversadores de la verdad evangélica y de la ortodoxia.

La epístola, encaminada a explicar con meridiana claridad la

definición de lo que es el alma, iba a destruir una herejía más, de un obispo cuyo nombre silenciaron, que negaba la espiritualidad del alma racional y de los ángeles, afirmando que todo, fuera de Dios, era corpóreo. Ya en el siglo VI d. C., se hacía confesión de materialismo, no olvidemos este hecho, porque no hay nada nuevo bajo la luz del sol. Los materialistas posteriores ni siquiera han sido originales. Y hoy abundan en demasía, inmersos como estamos en la sociedad hedonista del ocio mal entendido, la sociedad iconoclasta, herética, cismática, reduccionista e inmanentista que se nos presenta como «modelo» de sociedad «moderna y progresista».

La estupenda lección magistral que a continuación transcribimos, tal y como la cita don Marcelino Menéndez y Pelayo en su tomo segundo de la *Historia de los Heterodoxos Españoles* —lectura que debería servir de texto en colegios y universidades para disipar tantos errores y enseñar a tantos ignoraros, ilotas, ignorantes que por ahí proliferan—, tomada a su vez de los escritos de San Isidoro de Sevilla, es una muy clara, sencilla y definitiva explicación de lo que el alma es, y de cómo, sin entrar en complicadas filosofías, permite llegar al entendimiento de todos tan vital como esencial cuestión teológica, huyendo de términos, conceptos y razones poco aptos para ser comprendidos por el vulgo.

Oigamos esta magistral voz, y leamos esta lección, tal y como la escribió un obispo español del siglo VI d. C. Leamos:

«Todo cuerpo vivo, consta de tres elementos: es absurdo decir que la sustancia del alma esté compuesta de ninguno de ellos. Si el alma es imagen de Dios, no puede ser cuerpo. El alma —decían los materialistas de entonces—, es corpórea, porque está contenida en algún lugar. Rogámoste que nos digas en qué lugar puede estar contenida el alma. Si la contiene el cuerpo, de mejor calidad es el cuerpo continente que el alma contenida. Es absurdo decir que el cuerpo supera en excelencia al alma; luego el alma es la que contiene y el cuerpo lo contenido. Si el alma rige y vivifica el cuerpo, tiene que contenerle. Y no está limitada por el cuerpo que contiene, a la manera del odre lleno de agua. Está toda interior, toda exteriormente, tanto en la parte mayor del cuerpo, como en

la menor. Si tocas con el dedo una extremidad del cuerpo, toda el alma siente. Y siendo cinco los sentidos corporales, ella no está dividida en los sentidos; "toda oye; toda ve; toda huele; toda toca; toda gusta", y cuando mueve el cuerpo de su lugar, ella no es movida. Y, por eso, distinguimos bien tres naturalezas: la de Dios, que ni está en tiempo ni en lugar; la del espíritu racional, que está en tiempo, más no en lugar; la de la materia, que está en lugar y en tiempo. Pero acaso se replicará: "El alma no puede existir fuera del cuerpo; su *cantidad* está limitada por la de éste. Según eso, será cada cual más sabio según fuera más alto y desarrollado de miembros, y vemos que sucede lo contrario, porque la cantidad del alma no se mide por la del cuerpo. Si el alma es de la magnitud del cuerpo, ¿cómo siendo tan pequeña, encierra tan grandes ideas? ¿Cómo podemos contener en la mente las imágenes de ciudades, de montes, de ríos, de todas las cosas creadas del cielo y de la tierra? ¿Qué espacio hay bastante grande para el alma, cuando ella abarca y compendia tantos espacios? Pero como no es cuerpo, contiene de *un modo no local (inlocaliter)*, todos los lugares. Si un vaso está contenido en otro vaso, el menor será el de dentro, el mayor el de fuera. ¿Cómo, pues, el alma, que tantas grandezas encierra, ha de ser menor que el cuerpo? Por eso afirmamos que el alma tiene *alguna* cualidad, pero no cantidad; y Dios, ni cantidad ni cualidad. Como el alma no es igual a Dios, tiene cualidad; como no es cuerpo, carece de cantidad. Y creemos con la santa fe católica, que Dios, ser incorpóreo, hizo unas cosas incorpóreas y otras materiales, y sujetó lo irracional a lo racional; lo no inteligente a lo inteligente; lo injusto a lo justo; lo malo a lo bueno; lo mortal a lo inmortal".

Esta era la doctrina antropológica de los por antonomasia llamados padres toledanos y de la escuela sevillana. Las fuentes de la doctrina declaradas por Liciniano y Severo, lo eran San Agustín, que había definido el alma «sustancia dotada de razón y dispuesta para gobernar el cuerpo», y el obispo Mamerto Claudiano, que en su libro *De incorporalitate animae*, había definido que «el alma es la vida del cuerpo y que su ser sustancial es el raciocinio».

A todo esto dicho con anterioridad, nos comenta Menéndez y

Pelayo (tan olvidado hoy en día como lo pretendieron olvidar en su tiempo aislándolo, soslayándolo, discriminándolo y apartándolo de entre los más sabios, prolíficos y patriotas ilustres e ilustrados de España), lo siguiente:

«Pero estos no eran más que gérmenes: la constitución de la doctrina se debe a Liciniano y a Severo, como se les debe esa doctrina clara y perentoria de la unidad y subjetividad de las sensaciones, y esa división admirable de los seres según las categorías de lugar y tiempo, de cualidad y cantidad; como se les debe, finalmente, la gran concepción espiritualista del alma “contenida y no contenida en el cuerpo”, especie de atmósfera racional en que el cuerpo vive y que dirige al cuerpo. Esa idea, conservada por los doctores españoles, pasa a los escolásticos de la Edad Media, y Santo Tomás vuelve a formularla, si bien con sujeción al criterio peripatético, según el cual “el alma es la *Entelechia* primera de un cuerpo físico, que tiene la vida en potencia”; o como dijo el Doctor de Aquino, es “el acto o la forma sustancial” del cuerpo, idea en el fondo exacta, pero más expuesta a desacertadas interpretaciones que la de Liciniano, conforme casi a la de Platón en el *Primer Alcibiades*. (Op. cit., pág. 178)». Y luego añade más adelante: ...«¡Cuándo nos convenceremos de que hay algo, y aun mucho que estudiar en la ciencia española, hasta de las épocas más oscuras!». Pero los enciclopedistas, racionalistas, positivistas, y demás adlátares y seguidores, que en España han proliferado tras las ideas trasnochadas de la Revolución francesa, no sólo no han querido que se estudie a fondo esa ciencia española; es que la han pretendido desvirtuar, ridiculizándola, criticándola, acerba, sañudamente, poniendo en entredicho lo que esa ciencia española significa y entraña en el quehacer, acontecer, devenir de la historia de España, tantas veces adulterada, mixtificada y prostituida por esos mismos enemigos de Dios, de la religión católica y de la Iglesia, Madre y Maestra.

No vamos a añadir comentario alguno al expresado por el insigne polígrafo santanderino, que para eso tenemos sus obras completas, para estudiarlo, repasarlo, sumirnos e impregnarnos de su ciencia y saber. Tan sólo pediremos un poco de atención por

parte de nuestros lectores, hacia el infundado error que propala la eterna leyenda negra contra España, de que en aquellos primeros siglos del cristianismo, España no tuvo sino mediocrísimos teólogos y que la teología se había «petrificado». ¡Ahora sí que anda la teología en plumas y bocas profanas e ignorantes, desvirtuada, vulnerada, conculcada, ingerida y agredida por los pretendidos «teólogos» de pacotilla que tanto ruido meten! Piensen los que tal falsa creencia sobre la teología en España repiten por boca de ganso o de loro, los eternos detractores de la *España Católica, Apostólica y Romana*, en Osio, en San Dámaso, en Liciniano, en Pacencio, en San Gregorio «Bético», en Carterio, en Audencio, en Olimpio, en Patruino, en San Isidoro, en San Leandro, etc., ¿o es que estos «nuevos y modernos teólogos» desacreditados, los que podemos llamar «teólogos desteologizados», o *light*, según el vocablo más «in» actual y reciente ignoran la existencia y las obras de aquellos antes citados. Lean; lean; lean y vuelvan a leer, y encontrarán en las *Etimologías* y en tantas otras obras magníficas, motivos más que suficientes para reconsiderar el inmenso valor de la verdadera teología católica, que no es más que una, indivisible, trascendente, intangible, eterna. Ellos responden por la altísima calidad que alcanzó la *Ciencia teológica* en España, en aquellos primeros siglos plagados de confusionismo, nebulosas, apostasías y herejías. Casi, casi igual que ahora, con la diferencia de que han pasado ya mil cuatrocientos años más, y todavía estamos sumidos en las nebulosas que crean los ficticios y fingidos «teólogos» de pacotilla. Mas nos valdría volver a Recaredo I, San Isidoro y San Leandro, que andar por los vericuetos de los modernos «teólogos», esos que todavía se permiten la enorme osadía de poner en solfa el Magisterio del Vicario de Cristo sobre la Tierra. ¡Tremenda petulancia y soberbia infinita!